

# La paradoja del recurso al *pharmakon* en su forma contemporánea

SILVIA RIVERA LARGACHA\*

Facultad de Psicología, Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá, Colombia.

La paradoja del recurso al *pharmakon* en su forma contemporánea

The paradox of recourse to the *pharmakon* in its contemporary form

Le paradoxe du recours au *pharmakon* dans sa forme contemporaine

## Resumen

Dentro de la literatura psicoanalítica, el estudio del uso repetitivo de sustancias psicoactivas ha sido identificado como un intento del sujeto por alcanzar una satisfacción pulsional plena. En este artículo se revalúa esta hipótesis y se plantea que el recurso de la droga es para muchos una alternativa desesperada, un último recurso para salvarse de ser expulsado definitiva e irremediamente del lazo social.

**Palabras clave:** adicción, paradoja, drogas, ley, psicoanálisis

## Abstract

In psychoanalytic literature, the repetitive use of psychoactive substances has been identified as an attempt on the part of the subject to obtain a full satisfaction of the drives. In this article, this hypothesis is reappraised and it is proposed that the recourse to drugs is for many a desperate alternative, a last recourse to avoid being definitively and irremediably excluded from the social bond.

**Keywords:** addiction, paradox, drugs, law, psychoanalysis

## Résumé

La littérature psychanalytique montre l'usage répétitif des substances psychoactives comme une tentative du sujet pour atteindre la pleine satisfaction pulsionnelle. Dans cet article, cette hypothèse est réévaluée pour penser le recours à la drogue, dans de nombreux cas, comme une alternative désespérée, un dernier recours, pour éviter d'être expulsé de façon définitive et irrémédiable du lien social.

**Mots clés :** addiction, paradoxe, drogues, loi, psychanalyse



\* e-mail: silviariveral@gmail.com

Dentro de la literatura psicoanalítica, el estudio del uso repetitivo de sustancias psicoactivas, comúnmente evocado a partir de las categorías de drogadicción, toxicomanía o dependencia, ha sido identificado como un intento del sujeto por alcanzar una satisfacción pulsional plena. Según esta hipótesis, la estrategia puesta en marcha por el sujeto estaría dirigida a reducir el deseo a la simplicidad de la necesidad puramente orgánica. Esta visión, que durante muchos años fue el centro de discusiones en el ámbito clínico, comienza hoy a mostrar sus límites explicativos gracias al desarrollo de una observación clínica cada vez más independiente de los presupuestos impulsados por las presiones políticas, jurídicas y médicas que han sido realmente las directrices del estudio de las llamadas adicciones y de la construcción de las políticas de penalización del consumo y la producción de drogas.

Desde hace más de veinte años la investigación sobre el uso de drogas ha logrado profundos avances tanto en las ciencias sociales como en las áreas biomédicas. Esta evolución ha introducido nuevos elementos en el debate sobre el lugar social de las drogas. En Europa y en algunos sectores de Norteamérica se ha variado el discurso oficial de la erradicación del uso de drogas ilícitas<sup>1</sup> a la reducción de perjuicios<sup>2</sup>. Gracias a este viraje en el discurso científico y político, la utilización de herramientas penales ha comenzado a ser reemplazada gradualmente por la introducción de herramientas de intervención médico-psico-sociales. Así, el campo de discusión se ha ampliado, dando lugar al debate sobre el uso y abuso de productos lícitos como los medicamentos, el tabaco y el alcohol. En consecuencia, la utilización de sustancias psicoactivas ha dejado de ser una temática referente exclusivamente a sectores marginales y se ha convertido en un tema central en el análisis de las transformaciones de las sociedades contemporáneas. Esta evolución de la discusión política, ha revelado la importancia de cambiar el lenguaje con respecto al fenómeno del uso de las drogas. No obstante, estas transformaciones del discurso no se han logrado sin dificultades y sin efectos indeseados<sup>3</sup>. Aún hoy es difícil hablar sobre estas evoluciones sin pasión y sin prejuicios, incluso en el campo del psicoanálisis, donde durante mucho tiempo existió una tendencia a reforzar el discurso médico-penal a partir de argumentos cuya pertinencia clínica era bien cuestionable.

1 Enfoque conocido en la literatura anglosajona como 'Drug free approaches', modelos libres de drogas.

2 'Harm reduction' en la literatura anglosajona.

3 Juan Daniel Gómez y Silvia Rivera, "Problemáticas ligadas al consumo de drogas", en *Revista Javeriana – Adicciones*, No. 728, Javegraf, Bogotá septiembre de 2006.

El presente artículo es el resultado de un estudio emprendido desde hace más de seis años, dentro del marco de una investigación universitaria que intenta aportar una visión atenta y analítica sobre la experiencia clínica con personas que han encontrado graves dificultades en su relación con las drogas. En este lapso se han realizado entrevistas de investigación con el objetivo de explorar las diferentes dinámicas subjetivas que pueden constituir la relación problemática del sujeto con el consumo de sustancias psicoactivas. De entre el conjunto de estas entrevistas hemos escogido el caso de un hombre que revela algunos elementos clínicos que nos permiten entrever la importancia de ofrecer una escucha a la dimensión de solución que tiene, para el sujeto, el uso de las drogas. En este artículo queremos mostrar que esta solución no consiste, como se vería desde una perspectiva clásica, en un intento del sujeto por reducir el deseo a la simpleza de la necesidad. Se trata, por el contrario, de una estrategia compleja que intenta a toda costa evitar el riesgo de encerrarse en un goce indistinto, donde el sujeto podría perderse como sujeto de deseo. La hipótesis que intentamos defender sostiene que el recurso a la droga es, para muchos, una alternativa desesperada, un último recurso para salvarse de ser expulsado definitiva e irremediabilmente del lazo social.

### **EL CASO DE UN HOMBRE QUE HACE DE LAS DROGAS UNA PROTECCIÓN Y A LA VEZ UN DETONADOR DE LA EMERGENCIA DE LA ANGUSTIA**

Medardo es un hombre de treinta años de edad cuya historia está marcada por el miedo que oscila entre la total negación de este sentimiento y la rápida precipitación en el pánico. En su discurso, Medardo intenta rechazar esta oscilación bajo la consigna “yo no le tengo miedo a nada”. Una frase tan llena de elementos de negación, que parece esconder un profundo rechazo con respecto a sus temores.

En el uso de las drogas –marihuana, alcohol y cocaína– este hombre descubre un estímulo que le permite hacer lo imposible. En primer lugar, por su intermedio logra tener acceso a un saber perdido con respecto a su pasado. En segundo lugar, logra ponerse en situación de riesgo sin sentir en primera instancia miedo. Sin embargo, al conocer los efectos del bazuco, esta relación aparentemente ideal se rompió. Esta droga que en Colombia, en el lenguaje de la calle es llamada ‘el susto’, dados sus efectos de miedo e incluso de angustia, produce en Medardo justamente una confrontación con respecto a estos dos estados. Es esta reacción la que genera en él un punto de fractura en el intento siempre infructuoso de controlar la angustia.

[...] pero el bazuco –dice Medardo en su testimonio– además de que es excitante, me producía miedo, un miedo terrible, una sensación de miedo impresionante. Pero esa





misma sensación de miedo, me excitaba. Era la sensación de miedo más grande y era como el reto de querer consumir bazuco y dominarlo; de ¡uy! sí siento miedo pero yo lo tengo en las manos, yo como que lo dosifico o sea, yo mido qué tanto siento, qué tanto [...].

Con estas palabras Medardo describe la ilusión que él construye en torno a los efectos del bazuco. Esta gira en torno a la búsqueda de la capacidad de ‘dosificar el miedo’, término que parece describir una cierta capacidad de poner límites a la angustia. Dosificar el miedo parece ser para él una manera de lograr la justa medida y el control de la falta constitutiva que determina a todo sujeto, pero que en este hombre y en general en las personas llamadas ‘adictas’, parece tener un carácter especialmente masivo. La promesa que se erige en torno al bazuco nunca se cumple y, sin embargo, éste hombre intenta ratificarla en cada ocasión en que hace uso de esta droga. La pregunta acá sería: ¿De dónde viene este miedo o más bien esta angustia (dado el carácter ominoso y difícil de ligar a una representación de este sentimiento) del cual intenta escaparse este hombre infructuosamente? Justamente de la evidencia de una falta radical que se abalanza sobre él a partir de una serie de profundas dificultades en la triangulación edípica. Medardo conoce muy poco sobre su origen. Sus recuerdos de infancia son escasos y no parece tener referencias anteriores a los cinco años de edad. Es en esta época que su madre se casa con el que fue su padre adoptivo y a quien Medardo creyó su padre biológico hasta los catorce años. En este momento de la adolescencia, durante una agresiva reprimenda de su madre, ésta le revela de manera brutal el secreto sobre su origen. Sin embargo, el precio a pagar por este saber incompleto es muy alto. Para entonces, la madre estaba convencida de que el mal comportamiento del muchacho, quien en esa época presentaba dificultades escolares y de conducta graves, se debía a una pérdida de respeto a la autoridad de su padre adoptivo. De tal forma, decide tomar en sus manos de forma absoluta la educación del joven. Es así como obliga al padre adoptivo a renunciar definitivamente a la educación del hijo y le exige tratar al joven como a un desconocido. La actitud que adopta el padre de un día para otro, es sentida por el joven como un abandono, puesto que no recibe ninguna explicación sobre lo que está sucediendo.

En la historia de este hombre, dos personas diferentes ocupan el lugar del padre. Primero, el padre biológico desconocido y luego el padre adoptivo que estuvo presente durante su infancia y adolescencia. Esta doble representación tiene como consecuencia una oscilación que deja un vacío en el lugar de la figura del padre. Este vacío viene justamente del deseo de la madre, quien al ocultar la existencia del padre biológico e impedir la relación entre Medardo y su segundo esposo, captura a su hijo



en su propio deseo. ¿Pero de qué tipo de deseo se trata en el caso de esta mujer? La respuesta a esta pregunta es un misterio persecutorio para Medardo, puesto que él ignora muchos de los eventos que sucedieron en su primera infancia aunque percibe la existencia de un saber que le es negado por su madre. Son sus familiares, primos, tíos lejanos y cercanos quienes le dan algunos elementos para reconstruir su historia. De este modo él se entera de que su padre biológico era un hombre violento, que había intentado hacer abortar a su mujer golpeándola en el vientre cuando estaba esperando a Medardo y cuando quedó embarazada de su segundo hijo. Lo único que la madre cuenta sobre el padre biológico es que era un hombre violento y vicioso.

La primera experiencia de Medardo con las drogas sucede a los 19 años, cuando vuelve a casa de sus padres luego de vivir en casa de su abuela por haber perdido el semestre en la universidad. Frente al fracaso de la madre en la educación del joven, el padre adoptivo reclama su lugar en la relación con su hijo. A partir de ese momento y durante un mes, Medardo disfruta de un nuevo acercamiento con su padre adoptivo. Luego de cinco años de incomunicación, el padre intenta reconstruir la relación con su hijo. Sin embargo, este contacto es vivido de manera compleja por el joven, que no comprende el cambio radical de su padre y tiene dificultades para reaccionar frente a la nueva situación. Medardo comienza a conocer a un padre que se comporta como un amigo. Un padre que le presenta a sus compañeros de trabajo, a sus jefes e incluso a sus amantes como su hijo querido. En las condiciones psíquicas de Medardo, donde existía ya una gran fragilidad con respecto a la eficacia de la función del padre, las señales ambiguas dadas por la figura del padre adoptivo no le proporcionaban las herramientas necesarias para encontrar su lugar en esta nueva relación. Si bien este momento de aproximación entre los dos hombres no es identificado por Medardo como la causa directa de sus primeras experiencias con las drogas, en su discurso hay una cierta coincidencia entre los dos eventos. Al respecto Medardo afirma:

Yo comencé a consumir drogas cuando volví a mi casa [...], me devuelvo a mi casa, cuando él me dice, vuelva a la casa, yo comienzo a consumir drogas, yo comienzo.

Cuando el padre adoptivo se entera de esta situación, le ofrece ayuda a su hijo para salir de lo que él llama 'el problema'. Hasta entonces, el acercamiento con su padre había sido muy confuso para el joven. Cuando el padre interpela al joven sobre el consumo de drogas, la madre está allí presente y, como era habitual, intenta golpear a Medardo. Sin embargo, en esa ocasión, es el padre quien toma las riendas de la situación y prohíbe a la madre golpear al hijo, marcando así, por primera vez, un límite en la relación entre esta mujer y su hijo. De esta forma, el ofrecimiento de ayuda viene de parte del padre simultáneamente con un acto que marca un límite con





respecto a la voluntad absoluta de la madre. Este gesto es bien aceptado por Medardo, puesto que le da un lugar en tanto que sujeto, permitiéndole a la vez salir del goce ilimitado de la madre. No obstante, los efectos de este episodio son efímeros pues el padre adoptivo muere en el ejercicio de sus funciones profesionales, al ser víctima de un atentado poco tiempo después. Esta muerte marca el final de las esperanzas del joven por recuperar una parte de su historia, que él siente acaparada y perdida para siempre por la voluntad impositiva de su madre. De igual forma, el joven queda condenado a la imposición cada vez más violenta de la voluntad de la madre. Frente a la ausencia de un seguro que pudiera garantizar el sostenimiento de la familia, el jefe del padre le ofrece a Medardo ocupar el puesto que había dejado su padre. Así, de un día para otro, Medardo se encuentra ocupando el lugar de su padre en la vida profesional y sobre todo en la función de sostenimiento de la familia. Durante algún tiempo, logra mantener a flote la situación, aunque la obligación de ocupar este lugar termina por subrayar la dificultad profunda que se abre en este hombre alrededor de la función del padre. El hecho de estar ocupando el lugar de su padre era para Medardo una posición riesgosa e insostenible. De entrada, se trata de una situación que no es ideal. Uno de los beneficios obtenidos por el sujeto como efecto del Edipo es justamente el de lograr una emancipación con respecto a la figura del padre para buscar su propio lugar como sujeto de deseo. Pero este joven fue obligado a ocupar este lugar que estaba marcado por una doble ausencia, la del padre biológico y la del padre adoptivo. Así, las dos figuras del padre se desdibujan en la inconsistencia de la función del padre, dejando al sujeto perdido en el deseo de un Otro materno que tendría en este caso un carácter incestuoso y que en consecuencia amenazaría a este sujeto de manera cada vez más contundente al encerrarlo en su propio goce, valga decir, buscando destruirlo.

La situación de equilibrio aparente que Medardo logra sostener tras la muerte del padre adoptivo comienza a degradarse cuando se enamora por primera vez de una mujer. Esta relación, que lo confronta con su propio deseo, subraya la fragilidad y la inestabilidad del mismo. Medardo no logra romper con la subordinación a la voluntad del Otro materno. Cuando ve que no logra responder a las exigencias del cargo que ha heredado ni a los requerimientos de una mujer para convertirse en una pareja, comienza a vivir la experiencia de ser dos personas a la vez. De un lado, el hombre bueno que se ocupa durante el día de sus responsabilidades. De otro, el hombre malo que sale de noche para perderse en el consumo de drogas y en una vida de riesgos. En este punto podemos proponer la hipótesis según la cual la oscilación entre las dos personas es un movimiento que evoca la existencia de las dos figuras del padre presentes en su vida. Este movimiento de ida y vuelta hace que Medardo caiga siempre en la

inconsistencia del significante del padre y luego en la incertidumbre de su propio lugar como sujeto. En el momento de dar su testimonio para esta investigación, Medardo comienza a preguntarse si el hecho de haber aceptado el trabajo de su padre adoptivo y de permanecer en él durante once años habría sido, de algún modo, el dinamizador del malestar que se acumuló en él durante esos años. Dice Medardo: “[...] pero al fin y al cabo él –haciendo referencia al padre adoptivo– está muerto y el que está vivo soy yo. O por lo menos, el que está sintiendo esto soy yo”.

En la droga Medardo encuentra la posibilidad de reencontrar las imágenes que le permiten aproximarse a ese espacio vacío que deja la figura del padre. En la etapa inicial de su experimentación con la marihuana, los efectos del consumo le permiten encontrar algunas imágenes de su primera infancia. Estas imágenes son la reivindicación de un mundo cuyo conocimiento le prohíbe su madre y que sin embargo le pertenece. El uso de la marihuana, posterior a la muerte de su padre adoptivo, tiene la misma función. Medardo utiliza esta droga para sentir la presencia y evocar la imagen de su padre. De tal forma, lo que conduce a este hombre al consumo de drogas es un llamado a estas imágenes perdidas que son para él indispensables para sostenerse como sujeto.

El caso de Medardo revela entonces la importancia de ofrecer una escucha a la solución que tiene para el sujeto el uso de las drogas. En este caso particular, las diferentes sustancias sirven de instrumentos parcialmente eficaces para evitar la pérdida del sujeto en tanto que sujeto de deseo. Con el uso de las drogas, Medardo construye mecanismos paradójicos de llamado a una tercera instancia que lo pueda librar del deseo ilimitado del Otro materno. Se trata aquí de un elemento clínico fundamental que puede conducir al sujeto a encontrar el punto en que la droga pierde su eficacia como instrumento de límite, para convertirse en su absoluto contrario.

Este caso nos permite preguntarnos sobre cuáles son los mecanismos psíquicos específicos que hacen que un sujeto genere una ilusión en torno al consumo repetitivo de drogas, como único instrumento para establecer una *falta* en el Otro y por consiguiente como único mecanismo para poner límites a su propio goce en tanto que ‘goce-Uno’<sup>4</sup>. La instauración de estos límites es la única receta para hacer de este ‘goce-Uno’, un ‘goce del Otro sexual’, un goce atravesado por los efectos de la castración, en otras palabras, un goce que deviene deseo. En este artículo desarrollaremos un análisis de las operaciones que toman lugar en el interior de la economía psíquica del sujeto, en esta extraña forma de agenciamiento del goce que es el uso repetitivo de las drogas.

4 A lo largo del trabajo de Lacan, la categoría de *jouissance*, ‘goce’ en español, fue encontrando una definición cada vez más compleja, dando lugar a la identificación de dos tipos de goce, a saber, el *goce-Uno* y el *goce sexual*, *el goce del cuerpo del Otro sexo*. En el artículo “Los seis paradigmas del goce” (Jacques-Alain Miller, “Les six paradigmes de la jouissance”, en *Revue de l’École de la Cause Freudienne*, No. 43, ECF Éditions, Paris 1999, ps. 7-29), Jacques-Alain Miller destaca los diferentes momentos que marcaron las transformaciones de esta categoría. En este artículo Miller explica la *Une-jouissance*, ‘el goce-Uno’, como el goce esencial, es decir el despliegue de sensaciones indistintas que toman lugar en el cuerpo psíquico. Este goce es por esencia ilimitado e incestuoso. Por el contrario el *goce sexual*, *el goce del cuerpo del Otro sexo*, es la modalidad del goce resultante de la castración que impone límites al *goce-Uno*. Es el goce que da posibilidades de existencia al deseo.

## LOS EFECTOS PARADÓJICOS DEL *PHARMAKON*

A partir del análisis del caso de Medardo, vamos a mostrar que, contrariamente al compromiso de la neurosis, en el recurso contemporáneo al uso de las drogas parece no existir una oposición entre las aspiraciones contrarias del Ello y el Superyó. No queremos decir con esto que en el caso de las personas que tienen una estructura neurótica no exista un uso de sustancias psicoactivas que funcionaría paralelamente con las condiciones particulares de su estructura. Queremos más bien hacer referencia a la neurosis, con el objetivo de situar el recurso a las drogas –en tanto versión moderna del *pharmakon* griego– en las tensiones psíquicas a las que está sometido el sujeto.

En la historia de la filosofía y del pensamiento griego, las primeras referencias a las sustancias psicoactivas se encuentran en la concepción platónica del *pharmakon* que, siendo parte del mundo material, tienen la capacidad de producir efectos sobre lo inmaterial. El *pharmakon* tiene efectos sobre el espíritu y, al igual que la palabra, puede producir cambios en éste<sup>5</sup>. La manera en que el *pharmakon* actúa sobre el cuerpo y el espíritu no es siempre homogénea, puesto que esta entidad posee una doble naturaleza. De un lado, el *pharmakon* es veneno pero de otro, puede ser remedio. En todo caso se trata de una entidad inestable que posee en sí ambas potencialidades y que puede pasar aleatoriamente de un lugar a otro, produciendo efectos inesperados en el organismo que se impregna de él. El *pharmakon* además revela la naturaleza dual e inestable del organismo, que es un lugar de vida pero también es un espacio de degradación y de progresión hacia la muerte.

Tomando la categoría de ‘paradoja’<sup>6</sup> propia de la filosofía griega y de la teoría estética, podemos decir que la inestabilidad de los efectos del *pharmakon* en el cuerpo físico y psíquico pueden generar una coincidencia entre opuestos, que podría ser descrita como paradójica. En la experiencia de impregnación del *pharmakon* sobre el cuerpo físico y psíquico, lo inesperado, lo inhabitual y el vértigo de la sorpresa confluyen en la experiencia paradójica, puesto que en ella parecen deshacerse todos los límites entre los opuestos. La paradoja producida por la experiencia del consumo del *pharmakon* se presenta, en la precipitación del instante, como una verdad cumplida. Esta experiencia es descrita como una coincidencia de opuestos que se multiplican en el vértigo del viaje. Por ejemplo, en el caso de Medardo podemos ver cómo la sensación de pavor, que en principio es una sensación displacentera, puede ser al mismo tiempo y sin que en esto exista contradicción alguna, una experiencia placentera y excitante. Esta indiferenciación transitoria entre contrarios debe finalizar en un segundo momento, a partir de la reincorporación de la diferencia entre opuestos y de la articulación simbólica e imaginaria de aquello que en la paradoja permanece desligado de toda representación. Este segundo momento es el que se produce en el



<sup>5</sup> Jacques Derrida, “La farmacia de Platón”, en *La disseminación*, Fundamentos, Madrid 1975.

<sup>6</sup> Natalie Depraz, “Paradoxe”, en *Encyclopédie Philosophique Universelle*, Presses Universitaires de France, Paris 2002, ps. 1852-1853.

Nicola Abbagnano, “Paradoja”, en *Diccionario de filosofía*, FCE, México, DF 1963, p. 889.

rito privado o colectivo, que sólo es eficaz si tiene en cuenta el carácter paradójico de la experiencia. Si la ritualización no se produce, si no existe un mecanismo de articulación imaginario y simbólico de aquello *real* que constituye la experiencia de la intoxicación, ésta tenderá a tomar la forma de una repetición compulsiva hasta tanto no encuentre el sentido de los contenidos inconscientes que se manifiestan en ella.



### LA CLÍNICA DEL RECURSO AL *PHARMAKON*

En el caso de Medardo se observa una estructuración familiar en cuya triangulación edípica éste no encuentra un mecanismo que lo salve de perecer en una relación incestuosa. Si bien no se puede hablar en su caso de una amenaza de incesto de hecho, las dificultades que tienen tanto la madre como el padre adoptivo para darle un lugar al joven como sujeto de deseo, son suficientes para generar en él la angustia de perecer en la falta de la falta en el Otro, siendo este último un Otro parental. Es decir, que sobre este hombre pesa la amenaza de perecer en el incesto, a un nivel subjetivo, lo cual no es menos grave que la producción de un incesto al nivel de la realidad. El recurso compulsivo y repetitivo de las drogas y la búsqueda de situaciones peligrosas que acompañan a esta actividad son para Medardo una estrategia para escapar de la situación incestuosa, satisfaciéndose al mismo tiempo en esta relación. En este caso, la droga parece ser un medio de evitar el cumplimiento de la amenaza de incesto presente tanto en la relación con el padre adoptivo, como con la madre. Sin embargo, la intoxicación repetitiva es también una manera de compenetrarse con las dos figuras. Finalmente, es por el uso de las drogas que este hombre satisface el deseo de su madre, quien pareciera esperar que su hijo se convirtiera en el reflejo del padre biológico. De hecho, mucho antes de que el muchacho probara las drogas, esta mujer lo había tratado de drogadicto y vicioso, haciendo evidente la convicción de que este hijo, cuyo origen había ocultado ella misma, seguiría inevitablemente el destino de su ascendencia. A través de estas prácticas Medardo alcanza con frecuencia un estado de malestar en el que se devela efectivamente la presencia de ese padre cuya existencia fue ocultada por la madre durante tanto tiempo y que retorna con la fuerza incontrolable de 'lo ominoso' (en alemán *Das Umheimliche*).

En el caso de Medardo, el recurso a las drogas introduce un elemento de desarticulación imaginaria y simbólica por medio del cual se alcanza una condición paradójica, que hace posible una indiferenciación de la oposición existente entre las mociones del Ello y las exigencias del Superyó. A través de la intoxicación, la antinomia entre estas fuerzas opuestas se desdibuja. Es así como se genera una paradoja, en la que la realización de las mociones del Ello deviene concomitante con la sumisión a

las fuerzas represivas del Superyó. En efecto, la realización simultánea y sin mediación de dos fuerzas contrarias, constituye una paradoja, puesto que en ella se establece la afirmación y la negación simultánea de cada una. En otras palabras, el recurso de las drogas hace posible que el sometimiento del sujeto a las exigencias del Superyó no sea incompatible con la satisfacción de las exigencias del Ello.

En efecto, en la clínica con personas que presentan dificultades psíquicas atravesadas por el uso repetitivo de drogas se hace visible que este recurso puede prolongar, a nivel fantasmático, la relación incestuosa y, al mismo tiempo, permitir que el sujeto pueda sustraerse psíquicamente, de manera real o a nivel del pensamiento, del acto sexual que, dados los efectos del trauma, está marcado siempre por la imposibilidad de escapar del incesto. Así, el sujeto logra lo imposible, al estar presente en el encuentro sexual, y al mismo tiempo fuera de éste.

La hipótesis sobre la evitación del incesto por medio de la intoxicación fue propuesta de manera esquemática por Jean-Pierre Jacques en su libro *Para terminar con las toxicomanías*<sup>7</sup>. En dicho trabajo, este psicoanalista belga sostiene, a partir de ejemplos clínicos, que en el sujeto 'toxicómano' hay un sufrimiento insoportable, que existe incluso antes del encuentro con la droga. Este sufrimiento se sitúa frecuentemente en el plano sexual, en el que el tóxico serviría de protección contra todo encuentro sexual que, en estos casos, está marcado por un carácter incestuoso. En la clínica encontramos muchos casos en los que el sujeto busca sustraerse real o mentalmente del acto sexual por medio de la intoxicación, que funciona como mecanismo de disyunción y como forma de castración química para protegerse de las amenazas incestuosas. El sujeto hace todo lo posible por no transgredir la interdicción del incesto. Este esfuerzo es lo que le asegura su inscripción en el lazo social. Por lo tanto, de acuerdo con la hipótesis de Jacques, el sujeto prefiere caer en el pecado banal y benigno de la intoxicación, en vez de ceder a la seducción incestuosa por la cual estaría infringiendo la *Ley* fundamental de la cultura, que exige de cada sujeto la reprobación radical de la endogamia. Sin embargo, la intoxicación engendra al mismo tiempo episodios de exceso, los cuales evocan la sobrecarga producida por el encuentro sexual incestuoso.

Esta dinámica de presencia y ausencia en el encuentro cuerpo a cuerpo con el otro, se observa en casos en los que la práctica de las drogas se combina con formas de contacto sexual que se acercan más al desencuentro que al reconocimiento del otro como *partenaire*. Por ejemplo, en el trabajo clínico con mujeres que han combinado la práctica de las drogas con la prostitución, se encuentra con frecuencia una coincidencia con vivencias infantiles de carácter incestuoso. En la prostitución posterior de estas mujeres se hace evidente que esta práctica pone en escena un cuerpo a cuerpo con un desconocido que es, en apariencia, radicalmente diferente al encuentro sexual con

<sup>7</sup> Jean-Pierre Jacques, *Pour en finir avec les toxicomanies. Psychoanalyse et pourvoyance légalisée des drogues*, De Boeck, Bruselas 1999.



un pariente. No obstante, en realidad estos dos escenarios se aproximan uno al otro dada la connotación traumática y el carácter ominoso del otro con el cual se lleva a cabo el encuentro sexual. En una entrevista realizada en Francia con una mujer a quien llamaremos aquí Helena, quien durante tres años se prostituyó para sostener su consumo de heroína y crack, encontramos argumentos para comprobar la hipótesis presentada por Jacques. En la descripción que ella hace de los encuentros sexuales con sus clientes y con su padre, quien durante toda su infancia abusó sexualmente de ella, mostraba cómo ambas figuras se unían en la imagen del exceso. Helena describe a su padre como alguien que en la intimidad sexual era un hombre totalmente diferente de la imagen que proyectaba socialmente. En la privacidad de sus encuentros sexuales, este padre revelaba una faceta de sí mismo desconocida socialmente. Con respecto a sus clientes, esta mujer dice haber encontrado en estos desconocidos la imagen de su padre. Para ella, había en el cuerpo a cuerpo con estos desconocidos un goce que se operaba a través de la evocación de sus recuerdos de infancia, puesto que ella reintroduce allí un orden de poder diferente de aquel que había vivido. En este sentido ella dice: “[...] es como si yo pusiera la situación al revés. Ya no era la niña pequeña de diez años que se dejaba, ahora era yo la mujer de veinticinco años que tomaba las riendas”.

En el caso de Medardo, un episodio ambiguo lo pone en una situación similar: su primera experiencia sexual se da en una situación de abuso, donde su posición es bastante incierta. Habiéndose dejado convencer por un amigo de frecuentar a un grupo de hombres mayores y servirles de compañía a cambio de dinero, Medardo –quien para entonces tenía 16 años–, piensa encontrarse a salvo de toda posibilidad de contacto sexual, con la certeza de ser lo suficientemente agresivo como para defenderse. Sin embargo, poco después de estar en este ‘negocio’ un día se ve acorralado por estos hombres, quienes abusan de él. Con respecto a este episodio Medardo dice al final de su relato: “lo peor es que ni siquiera me pagaron”. Esta afirmación parece contener una aprobación inconsciente del encuentro homosexual, oculta bajo la condición de ser pagado. De igual forma, a lo largo de la descripción de la manera como se fue acercando a estos hombres, se revela una gran ambigüedad en la inocencia con que parece haber evadido todas las señales que le mostraban que en algún momento la relación con estos hombres llegaría a un encuentro sexual. A pesar de que él describe la situación como un simple intercambio, donde su posición sexual no estaba en absoluto comprometida, el episodio de la violación va a sembrar en él la duda por su posición sexual. El episodio de la violación viene además a actualizar en Medardo el temor al incesto con un Otro parental. Este miedo tiene varias aristas. En primer lugar, se trata de un temor a sucumbir al deseo del Otro materno que le exige ocupar el lugar del



padre en tanto que pareja de la madre, frente a la ausencia real de las personas que ocuparon en su vida el lugar del padre. Aunque Medardo nunca tuvo una relación incestuosa efectuada en la realidad, como es el caso de Helena, la amenaza de incesto se articula de manera tácita en la exigencia permanente de la madre para que él ocupe el lugar del padre. Tanto el lugar del padre biológico, que en el discurso de la madre es caracterizado como un hombre violento y adicto, como el del padre bueno y proveedor de su familia, que era su padre adoptivo. El bazuco le permite a Medardo obedecer cabalmente las exigencias de la madre, sustrayéndose al mismo tiempo a estas interpelaciones, que son para él una clara amenaza de perderse en el incesto.

Si en la formación de compromiso se erige una cohabitación antinómica entre las proposiciones opuestas, en el consumo compulsivo de drogas se establece en cambio un mecanismo que hace posible la creación de una indiferenciación pasajera entre los opuestos. Se trata de una fusión de carácter paradójico que parece, al menos en un primer momento, radicalmente más eficaz que la solución de compromiso, para efectos de reducir la tensión entre las mociones del Ello y las exigencias del Superyó a las cuales se ve sometido el Yo. Al anular la oposición entre las dos fuerzas, algunas formas contemporáneas de drogadicción posibilitan una disminución radical, al menos temporal, de las tensiones que someten al Yo. Esto, a partir de un acto en apariencia anodino, en comparación con el incesto.

En los dos casos anteriormente citados, el uso compulsivo de las drogas es un acto mucho más tolerable que el incesto. En efecto, allí donde del incesto rompe radicalmente con la Ley estructurante de la alteridad y expulsa definitivamente al sujeto del lazo social, la intoxicación se convierte en una transgresión banal, puesto que este acto no atenta contra la Ley estructurante de la comunidad que exige, según Freud, la condenación absoluta de la endogamia, el asesinato y el canibalismo<sup>8</sup>. En este sentido, la ley de la evitación del uso de sustancias psicoactivas es una ley que a pesar de tener una importancia central en las culturas occidentales contemporáneas, es totalmente extranjera a otras culturas en las que, si bien existe un control sobre las prácticas de intoxicación, están generalmente orientadas hacia una domesticación del *pharmakon* y una utilización dirigida por ritos y mitos comunes, siendo estos actos y relatos sociales, actualizaciones de la Ley estructurante del lazo social.

Por diferentes motivos históricos que no podremos explicar en profundidad en este artículo, pero que se pueden encontrar de manera clara en los trabajos de Thomas Stephen Szasz<sup>9</sup>, en las sociedades occidentales contemporáneas la norma que ha primado como lugar de inscripción de los ideales sociales ha sido la penalización de la intoxicación. Sin embargo, esta ley está lejos de ser una Ley estructurante. En primer lugar, puesto que se trata de un acuerdo circunscrito a una cultura particular, a



<sup>8</sup> Sigmund Freud, *El porvenir de una ilusión*, en *Obras completas* (2ª ed.), vol. XXI, Amorrortu Editores, Buenos Aires 1998, p. 23.

<sup>9</sup> Véase *Ceremonial chemistry: the ritual persecution of drugs, addicts, and pushers*, Syracuse University Press, New York 2003; *The theology of medicine: the political-philosophical foundations of medical ethics*, Harper Collins, New York 1976; *Our right to drugs: the case for a free market*, Syracuse University Press, New York 1992.

saber, la cultura occidental contemporánea y, segundo, porque incluso en esta cultura existen amplias contradicciones dentro de la lógica interna de los postulados sobre los cuales se instaura la prohibición. Por ejemplo, es claro que resulta contradictorio establecer una guerra contra las drogas a nivel mundial, cuando la evolución de la psicofarmacología, que se desarrolla plenamente en las prácticas médicas modernas, existe una tendencia cada vez mayor a medicalizar las manifestaciones de cualquier malestar psíquico<sup>10</sup>.

No obstante, algunas proposiciones de la literatura psicoanalítica asimilan la penalización contemporánea del uso de las drogas a una interdicción fundamental. Equivalencia esta que no es justa ni consecuente con la función diferencial entre la Ley en tanto que fundamental y estructurante de lo social y las leyes como producciones resultantes de los procesos de acuerdo social entre los ciudadanos. Los trabajos psicoanalíticos que proponen la existencia de la penalización del uso de las drogas como una Ley fundamental, como es el caso de los trabajos de Hugo Freda y Jean-Pierre Lebrun, hacen una equivalencia demasiado precipitada entre la evitación de la intoxicación exigida por las sociedades occidentales contemporáneas y la interdicción de la masturbación.

En efecto, existe una gran distancia entre las dos imposiciones, puesto que la interdicción de la masturbación tiene en realidad un efecto simbólico. Esta sería una adquisición fundamental en el proceso de constitución del sujeto como sujeto de deseo y como inscrito en el lazo social. En cambio, la penalización del consumo de drogas, que exige una abstinencia real de la intoxicación fuera de la prescripción médica, sería el resultado de una serie de condiciones históricas que han hecho de la sobriedad un valor estimado socialmente. De tal forma que no se trata de una interdicción fundamental. La hipótesis sobre el recurso a las drogas como transgresión de la interdicción de la masturbación tiene raíces en una proposición introducida por Freud en una carta a su amigo Fliess, escrita en 1897, donde afirma: “Se me ha abierto la intelección de que la masturbación es el gran hábito que cabe designar ‘adicción primordial’, y las otras adicciones sólo cobran vida como sustitutos y relevos de aquella (el alcoholismo, morfinismo, tabaquismo, etc.)”<sup>11</sup>. Esta referencia ha sido citada muchas veces de manera precipitada para demostrar la naturaleza masturbatoria de la intoxicación. Un argumento bastante recurrente en la defensa de esta interpretación sobre la satisfacción pulsional que procura la droga, es el imaginario sobre la satisfacción obtenida por el uso de opiáceos. Según este supuesto, la experiencia de consumo de cualquier droga se identificaría con una satisfacción pulsional plena, idéntica a aquella alcanzada en el orgasmo. Esta satisfacción fue un estereotipo frecuentemente nombrado en la literatura psicoanalítica bajo la referencia del *flash* como experiencia fugaz que daba cuenta de



<sup>10</sup> Al respecto, véase el trabajo del sociólogo francés Alain Ehrenberg en la serie de tres obras *Le culte de la performance*, Calmann-Lévy, París 1991; *L'individu incertain*, Calmann-Lévy, París 1995; *La fatiga de ser uno mismo – Depresión y sociedad*, Nueva Visión, Buenos Aires 1996; [*La fatigue d'être soi – dépression et société*, Odile Jacob, París 1998]; “La dépression, maladie de l'autonomie”, Ehrenberg entrevistado por Michel Botbol, en *Nervure*, XVI-3, septiembre de 2003.

<sup>11</sup> Sigmund Freud, *Fragmentos de la correspondencia con Fliess*, en *Obras completas* (2ª ed.), vol. I, Amorrortu Editores, Buenos Aires 1998, p. 314.



los efectos de las drogas y de la dependencia del sujeto a estas. Sin embargo, esta tesis resulta problemática por tres razones. Primero, porque la sensación de *flash* no es tan universal como se cree, puesto que todo efecto sobre el cuerpo físico y psíquico está siempre atravesado por la singularidad. En segundo lugar, la sensación obtenida con otros productos no opiáceos puede tener un carácter que difícilmente se puede explicar bajo la descripción fenomenológica del *flash*. Finalmente, en la clínica con personas que presentan dificultades psíquicas graves atravesadas por el uso compulsivo de las drogas, encontramos que es imposible entender la estructuración del acto repetitivo del consumo por la simple reducción de los efectos de las drogas a la sensación de satisfacción pulsional autoerótica. Esto significa soslayar un principio básico de la acción de toda sustancia psicoactiva, que posee una naturaleza doble que ya los griegos habían descubierto y nombrado a partir de la categoría del *pharmakon*. Los efectos buscados por el sujeto durante el consumo de la droga buscan de manera latente o manifiesta estos dos extremos de la naturaleza del *pharmakon*.

De esta forma, el recurso al consumo de estas sustancias es el resultado no solamente de la búsqueda de una satisfacción autoerótica o de otra naturaleza. Se trata también de una búsqueda de aquello que podríamos llamar una ‘puesta en falta’ alcanzada a través de la práctica repetitiva del consumo de la o las sustancias psicoactivas. Cuando la práctica deviene constante y se repite a lo largo del tiempo, los momentos de real satisfacción a través del placer son cada vez más escasos frente a la multiplicación de episodios de dolor y de angustia, que someten al sujeto a una dependencia cada vez mayor no sólo del producto, sino de una situación social y psíquica donde sus herramientas para defenderse y para valerse por sí mismo se vuelven cada vez más escasas. Estos episodios se producen por la falta del producto, y por las condiciones de peligro y de autoflagelación que rodean el consumo.

En la clínica se encuentran manifestaciones inconscientes de angustia, que se reflejan en los sufrimientos que el sujeto se inflige a sí mismo a partir de las herramientas que encuentra en el mundo de las drogas. Estos actos son comunes en el consumo de productos psicoactivos o en las actividades que rodean esta práctica. Por ejemplo, podemos mencionar los problemas de salud causados o agravados por el uso constante de dichos productos, entre los que se cuentan los maltratos y las heridas físicas frecuentes en el uso de drogas inyectadas, los desplazamientos y las perforaciones de tabique en los consumidores de cocaína, las degradación paulatina de la capacidad respiratoria en el uso de sustancias inhaladas o fumadas, la extrema cercanía con la muerte que se establece frente al riesgo de una sobredosis de cualquier producto y, en general, todo lo que puede ser contemplado como un uso riesgoso de estos productos. En entrevistas realizadas con 30 consumidores de droga, tanto en Colombia como

en Francia, pudimos observar una relación muy estrecha con los usos peligrosos de las drogas. Los participantes en estas entrevistas hablaron del proceso paulatino que los llevó a producirse dolores y sufrimientos que se apaciguaban parcialmente y en ocasiones cada vez más escasas, por el uso de las drogas o por situaciones peligrosas orquestadas por el mismo sujeto, bajo la influencia de uno o varios de estos productos. Estos actos parecen mostrar la efectividad de las exigencias superyoicas que son cumplidas en el uso repetitivo de drogas, por la insistencia de los sentimientos de culpabilidad que se revelan en los actos de autopunición.

Ahora bien, retomando más detenidamente la referencia freudiana de la dependencia a lo que él llama los tóxicos, podemos decir que existe un elemento de gran precisión en estas afirmaciones. Freud señala que en el fondo de toda relación con una sustancia psicoactiva existe un auto-erotismo, un goce del cuerpo en tanto cuerpo psíquico, que se repliega sobre sí mismo. En efecto, la sexualidad en tanto exceso del cuerpo sería el arquetipo de toda sobrecarga pulsional que pueda afectar al cuerpo, incluyendo allí la profusión producida por los efectos de las drogas. La masturbación, en el sentido que refiere Freud, es explicada como una experiencia hermética. Se trata aquí de una referencia específica a uno de los aspectos de la masturbación en que se ignoran todos los elementos imaginarios y simbólicos que toman lugar en la evocación de una fantasía con respecto a otro *partenaire*, para privilegiar el aspecto solitario y, de algún modo, Real de la actividad. En este sentido la intoxicación sería simplemente una sustitución, un reemplazo torpe, de aquello que en alemán Freud define como *Sucht*, que es un replegamiento del sujeto sobre sí mismo, un “deseo primitivo”. De tal forma que lo que se puede vislumbrar en la referencia de Freud es este carácter intoxicante que se encuentra en la base de la pulsión y que hace de cualquier objeto de investimento libidinal un elemento de intervención directa o indirecta en las dinámicas regulares de la satisfacción de la pulsión. En el fondo, los efectos y la fascinación que producen las drogas en el campo social e individual están ligados a la capacidad que tienen estas sustancias de lograr en el cuerpo físico y psíquico transformaciones radicales y paradójicas que están contenidas en potencia en la naturaleza misma del cuerpo. En otras palabras, la experiencia del uso de las drogas revela de manera directa la naturaleza de lo más profundo y particular del ser humano, a saber, la naturaleza de la pulsión.

En el contexto del mundo contemporáneo, la fascinación existente desde el principio de la historia en torno a la ebriedad y a los efectos de las sustancias psicoactivas, toma un carácter particular. En esta época, esas figuras que llamamos “drogadictos, toxicómanos o dependientes” aterran a la vez que fascinan. Su efecto hipnotizador proviene de su disposición particular a abandonar cualquier consumo,



salvo el de la droga. Esta disposición genera en términos sociales una pregunta con respecto a la actualidad de la pulsión en la constitución de los lazos sociales sobre los cuales se erige la convivencia. Estas personas cuestionan la cultura contemporánea y el lugar que ocupa cada uno de sus miembros en tanto sujeto. Así mismo, estas figuras sociales interrogan a cada persona sobre sí misma y sobre la manera en que en el mundo contemporáneo se satisfacen los deseos y se sobrelleva el dolor. El efecto aterrador y a la vez fascinante de las figuras del adicto y de la droga es que reintroducen en lo social una pregunta que en el afán de la productividad y la eficacia, y en la lucha permanente por alcanzar los ideales de autonomía y autodeterminación propios de la modernidad, ha sido aparentemente olvidada. Estas figuras representan en un solo objeto y en un solo cuerpo, lo más propio y a la vez lo más aterrador del ser humano, a saber: su condición pulsional. Es decir, la gran fragilidad y la certeza de que es justamente en la dependencia del otro, en la necesidad de vivir en común y de la renuncia a las propias pulsiones, que se establece aquello que constituye la esencia misma del ser humano: el deseo.

## REFERENCIAS

- ABBAGNANO, NICOLA, "Paradoja", en *Diccionario de filosofía*, FCE, México, DF 1963.
- BOTBOL, MICHEL Y EHRENBURG, ALAIN, "La dépression, maladie de l'autonomie", Ehrenberg entrevistado por Michel Botbol, en *Nervure*, XVI-3, septiembre de 2003.
- DERRIDA, JACQUES, "La farmacia de Platón", en *La diseminación*, Fundamentos, Madrid 1975.
- DEPRAZ, NATALIE, "Paradoxe", en *Encyclopédie Philosophique Universelle*, Presses Universitaires de France, Paris 2002.
- EHRENBURG, ALAIN, *Le culte de la performance*, Calmann-Lévy, Paris 1991.
- EHRENBURG, ALAIN, *L'individu incertain*, Calmann-Lévy, Paris 1995.
- EHRENBURG, ALAIN, *La fatigue de ser uno mismo—Depresión y sociedad*, Nueva Visión, Buenos Aires 1996. [*La fatigue d'être soi – dépression et société*, Odile Jacob, Paris 1998.]
- FREUD, SIGMUND, *Fragmentos de la correspondencia con Fliess*, en *Obras completas* (2ª ed.), vol. I, Amorrortu Editores, Buenos Aires 1998.
- FREUD, SIGMUND, *Tótem y tabú*, en *Obras completas* (2ª ed.), vol. XIII, Amorrortu Editores, Buenos Aires 1998.
- FREUD, SIGMUND, *El porvenir de una ilusión*, en *Obras completas* (2ª ed.), vol. XXI, Amorrortu Editores, Buenos Aires 1998.
- FREUD, SIGMUND, *El malestar en la cultura*, en *Obras completas* (2ª ed.), vol. XXI, Amorrortu Editores, Buenos Aires 1998.
- GÓMEZ, JUAN DANIEL Y RIVERA, SILVIA, "Problemáticas ligadas al consumo de drogas", en *Revista Javeriana – Adicciones*, No. 728, Javegraf, Bogotá septiembre de 2006.

JACQUES, JEAN-PIERRE, *Pour en finir avec les toxicomanies. Psychanalyse et pourvoyance légalisée des drogues*, De Boeck, Bruselas 1999.

MILLER, JACQUES-ALAIN, "Les six paradigmes de la jouissance", en *Revue de l'École de la Cause Freudienne*, No. 43, ECF Éditions, Paris 1999.

SZASZ, THOMAS STEPHEN, *Ceremonial chemistry: the ritual persecution of drugs, addicts, and*

*pushers*, Syracuse University Press, New York 2003.

SZASZ, THOMAS STEPHEN, *The theology of medicine: the political-philosophical foundations of medical ethics*, HarperCollins, New York 1976.

SZASZ, THOMAS STEPHEN, *Our right to drugs: the case for a free market*, Syracuse University Press, New York 1992.



